

El plumero

Bertha Gutiérrez Rodilla*

Salvá Campillo, F.: *Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo*. Barcelona: M. Texéro; 1807.

El gran siglo de las academias y las bibliotecas, el de los viajeros, coleccionistas y clasificadores, el siglo XVIII, constituye también el marco cronológico en el que se produce un movimiento que afecta a las ramas de la ciencia más importantes y que consiste en intentar renovar los lenguajes con que éstas se expresan, buscando una organización que responda a criterios de objetividad. Ese movimiento dará lugar al nacimiento de las primeras nomenclaturas científicas, con la química y la botánica como las más significativas, que acompañan a una clasificación subyacente más o menos sólida. También entonces François Boissier de Sauvages de la Croix realiza el primer intento de clasificación en el dominio de la medicina de acuerdo con el método botánico, en lo que seguramente influyeron su amistad con Linneo y el intercambio de ideas mantenido con él. Sauvages no es, sin embargo, más que el primer nombre de una nutrida relación de profesionales preocupados por el lenguaje de la medicina que, todavía en el XVIII y especialmente a lo largo del XIX, proponen diferentes pautas para tratar de normalizarlo.

Entre ellos se encuentra el español Francisco Salvá Campillo, médico ilustrado barcelonés cuyos trabajos más conocidos, como la invención del telégrafo eléctrico, se relacionan especialmente con el mundo de la física.¹ A pesar de ello, en el *Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, plan para hacerlo*, que hoy tratamos de rescatar del olvido, Salvá elabora una cuidada propuesta –por lo demás bastante utópica, como la mayoría de las de su género– de reforma de los nombres de las enfermedades, para lo que se inspira, como él mismo declara, en la obra *Méthode de nomenclature chimique*,² de Morveau, Lavoisier, Berthollet y Fourcroy. Se trata del discurso que pronunció

el 3 de octubre de 1807 con motivo de la apertura de curso de la cátedra de Medicina Práctica de Barcelona, que él regentaba, dependiente de la Real Academia de Medicina de la Ciudad Condal.

Francisco Salvá dedica la primera parte de su obra a analizar la *Nosologia methodica*³ de Sauvages y a poner de manifiesto las debilidades de la misma. Y, aunque está de acuerdo con los principios generales que la rigen –las denominaciones deben ser concisas, hay que intentar eliminar las formas polivalentes y los sinónimos, se deben sustituir todas las palabras que no sean griegas o latinas, etc.–, se emplea a fondo en mostrar las dificultades que surgen cuando, basándose en esas normas, se intenta pasar de la teoría a la práctica. Así, por ejemplo, le reprueba a Sauvages que, en virtud de la primera regla de su nosología, que postula que los nombres genéricos deben referir exclusivamente a las enfermedades, y no a los objetos de la botánica, la zoología, la anatomía, etc., proponga la sustitución de voces como *appetitus defectus*, *passio iliaca* o *furor uterinus*, por *anorexia*, *ileus* o *nymphomania*. Y se lo reprueba porque, razona Salvá, «*anorexia* es termino griego, compuesto de *an* y *orexís*, esto es *non appetitus*, luego si por ser voz psicologica *apetito*, no ha de recibirse *appetitus defectus*, tampoco *anorexia*, que significa lo mismo». Igualmente, *ileus* y *nimpha* no sólo son palabras equívocas, sino que además son voces anatómicas, por lo que no pueden aceptarse.

Una vez que ha sacado a la luz todos los defectos de la *Nosologia* de Sauvages, Salvá propone, en la segunda parte de su discurso, una nomenclatura «nosológica sintomática», que gira en torno a la idea de que todas las enfermedades se manifiestan en el exterior por alguno de los siguientes signos: tumor, deformidad, calentura, inflamación, espasmo, dificultad de respirar, debilidad, dolor, error del entendimiento, flujo desordenado y cambio de color o de volumen de la «faz» del cuerpo. Por tanto, todas las enfermedades pueden reducirse a esas doce clases, nombradas con términos griegos, casi todos conocidos y usados de los médicos: *oncos* (tumor), *aides* (deforme), *pir* (fiebre), *itis* (inflamación), *spasmos* (espasmo), *dispnoea* (jadeo), *amenos* (debilidad), *algia* (dolor), *vesania* (error de cabeza), *rhoea* (flujo), *exia* (síntomas visibles) y *pachos* (volumen). Estas doce clases, de acuerdo con los principios de la clasificación botánica, se dividen en órdenes, que a su vez lo hacen en géneros. Así, por ejemplo, dentro de la tercera clase, que es la de las fiebres (*pir*), habrá tres órdenes: *isopir* (fiebres iguales), *anisopir* (fiebres desiguales o con accesiones) y

* Profesora titular de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina de la Universidad de Salamanca (España). Dirección para correspondencia: bertha@usal.es.

dialeipopir (fiebres intermitentes). Y, dentro del primer orden de la tercera clase, nos encontraremos, por ejemplo, el género *isotachipir*, cuyo nombre está compuesto por el prefijo *iso-*, correspondiente al primer orden, y la desinencia *-pir*, propia de la tercera clase, más la parte central *tachi*, ligada al primer género de este orden y de esta clase, que engloba todas las fiebres continuas breves (*iso tachi pir*, «igual», «breve», «calentura»). Es decir, el nombre completo de las enfermedades estará compuesto por un prefijo, correspondiente al orden; una desinencia, que corresponde a la clase, y una parte central, relacionada con el género.

Como nos ocurre a nosotros, también el propio Salvá fue consciente de las dificultades que podría entrañar aceptar este sistema de designación. Y ello por muchas razones, algunas tan simples como que los nombres así conseguidos son siempre largos y complejos, al estar compuestos, por lo menos, de otros tres. Lo que no aminoró su entusiasmo y convencimiento en el éxito del proyecto: «con que el alumno conozca los fundamentos de la lengua de la profesión médica, luego se hará á ella, y como el mismo se puede hallar el nombre, y formarsele, no le repugna, al contrario de lo que sucedía en varios nombres antiguos, segun tengo observado y manifestado antecedentemente».

Huelga decir que ni Sauvages ni Salvá, con todos sus buenos propósitos y sus denodados esfuerzos, consiguieron reformar el lenguaje de la medicina me-

dante una nomenclatura estable que gozara de consenso universal, pues los intentos por conseguirlo continuaron a todo lo largo del siglo XIX, un siglo, además, de importantísimos cambios en la concepción de la medicina, que inevitablemente la llenaron de nuevos tecnicismos. Tecnicismos acuñados con criterios distintos, anatomopatológicos, fisiopatológicos y etiológicos, correspondientes a las sucesivas etapas por las que la medicina del siglo XIX fue pasando y que coexisten en la terminología médica del siglo XXI, confiriendo una extraordinaria heterogeneidad y confusión a nuestro lenguaje médico: *úlcera gástrica, infarto de miocardio, colecistitis, tuberculosis...*, que provienen de los nombres de las lesiones anatomopatológicas; *hipertiroidismo, hipertensión arterial o vaginismo*, que responden a las alteraciones funcionales, o *encefalopatía alcohólica, oncocercosis o tripanosomiasis*, que tienen que ver con una concepción etiológica de la enfermedad.

Ante esto Salvá se nos antoja como el niño que quiere vaciar el agua del mar con una caracola. La lectura de su obra nos parece, sin embargo, muy recomendable, no sólo porque nos señala algunos de los escollos contra los que ha tropezado el lenguaje de la medicina de todos los tiempos, sino también, sobre todo, porque nos contagia de la frescura, la ingenuidad y la fuerza de que se revisten siempre las empresas químicas.

La nomenclatura de Sauvages incluye las figuras retóricas del lenguaje de los poetas y oradores, que trabajan más en agradar á los oídos, que en hablar con exactitud matemática: de esta no deben separarse las ciencias graves y serias, como la medicina [...].

En el origen ó formación de las lenguas, los hombres precisados á dar nombres á las cosas desconocidas, les pusieron á menudo el nombre de las conocidas, con las cuales se les hallaba semejantes en todo, ó en alguna parte, distinguiéndoles de estos con algún epíteto, capaz de diferenciarlos. De aquí los nombres de caballo, buey marinos, dados á los peces semejantes á los animales terrestres de aquel nombre. [...] Los médicos siguiéron la misma regla de imponer nombres á varios morbos por la semejanza que se les hallaba con otro objeto conocido. Al hallar el vientre abultado, lleno de ayre, y que sacudido resonaba como un tambor, dirían que estaba hecho un tambor, que tenía vientre de tambor, ú otras frases semejantes, que no dexarian equivocada la cosa: con el tiempo se callaron dichas palabras por varios motivos que ya indicarian, en que sentido se decía tambor al vientre. De estos casos particulares se hizo paulatinamente la ley, de que en hallándose en una persona la apuntada enfermedad, se dice: que padece un timpanitis, sin que en esta palabras se halle cosa alguna que explique, ni acuerde al que aprende medicina, el punto de semejanza, de que vino el nombre referido [...]. Observo con dolor, que en muchos de los nombres de los males, dados por semejanza con cosas distintas de ellos, la tal relación ó punto

de semejanza fue languido, obscuro, remoto, eclipsado de otros aspectos de desemejanza que han borrado de la memoria de los hombres el primero: y ahora que no es posible adivinarla, damos con un nombre obscuro, impropio, y quizá contrario á lo que se le quiere hacer decir ó significar.

Discurso sobre la necesidad de reformar los nombres de los morbos, y plan para hacerlo; pág. 23.

Bibliografía

1. Riera i Tuebols, S. Ciencia i técnica a la Il.lustració: Francesc Salvá i Campillo. Barcelona: La Magrana; 1989.
2. Morveau G, Lavoisier AL, Bertholet [sic, por Berthollet] CL, Fourcroy A. Méthode de nomenclature chimique. París: Cuchet; 1787.
3. Sauvages FB. Nosologia methodica. Amsterdam: De Tournes; 1763.

Caduceus

Fernando A. Navarro

De acuerdo con la mitología griega, el dios Apolo inventó la medicina y la enseñó a su hijo y discípulo Esculapio (o Asclepio). Desde muy antiguo, la vara de Esculapio, con una serpiente enroscada, ha sido el símbolo de la medicina científica tradicional en todos los rincones del mundo.



En 1818, sin embargo, el Cuerpo de Sanidad Militar de los Estados Unidos adoptó como emblema oficial, por equivocación, el caduceo de Hermes (con dos serpientes enroscadas), símbolo tradicional del comercio.

Desde entonces, la confusión entre la vara de Esculapio y el caduceo de Hermes no sólo se ha mantenido, sino que se ha extendido a otros organismos sanitarios oficiales, tanto estadounidenses (p. ej.: American Medical Association) como británicos (p. ej.: Royal Air Force).

Nada de raro tiene, pues, que en las publicaciones en lengua inglesa —médicas y generales— se mencione con frecuencia de forma errónea el caduceus como símbolo de la medicina. Y las traducciones descuidadas a partir del inglés han conseguido que en los últimos tiempos se multipliquen también en español los textos donde se habla, sin ningún pudor ni reparo, del caduceo como símbolo internacional de la medicina. ¡Ay si Esculapio levantara la cabeza!

Aunque, bien mirado, resultaría casi lógico que los médicos de nuestro tiempo, bien amigos de la platita, pasaran a considerar como propio el antiguo símbolo de Hermes, dios griego del comercio; ¿o no?

Reproducido con autorización de *El Trujamán*, del Centro Virtual Cervantes <<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>>